

MACIAS: SOBRE DICTADURAS Y RESPONSABILIDADES

JUAN ANDRES PIÑA

Autor: Sergio Marras
Director: Gustavo Meza
Grupo: Imagen
Sala: Camilo Henríquez

Una oleada de novelas cuyo tema central era el dictador, se hizo presente en Latinoamérica en los últimos años. Para un sociólogo, el asunto es simplemente una repercusión del aumento de las tiranías militares en el continente. Para otros, quizás, la evidencia de que una nueva sensibilidad nos invade. **Macías**, de Sergio Marras, incursiona con el mismo tema en el campo teatral, territorio no excesivamente explotado aún. De hecho, es la primera vez que en nuestro país una obra cuyo protagonista es un dictador militar sube al escenario.

Dos características separan a **Macías** del resto de las producciones dramáticas cuyo tema bordea ésta: ante todo, su carácter de monólogo, en que el personaje central sólo dialoga consigo mismo, con sus recuerdos o con invisibles fantasmas que le acosan en prisión. En segundo lugar, se acerca a la clasificación de "obra de tesis", género despreciado en algún tiempo, pero cuyo prestigio ha cristalizado en la medida en que las mezclas de estilos, tonos y géneros se acepta como algo válido en el teatro contemporáneo.

Macías es la historia de Francisco Macías Nguema, dictador de Guinea Ecuatorial desde 1968 hasta 1979. Macías asumió la Presidencia de su país en el año 68, después que Francisco Franco le concediera a ese país la independencia. Aclamado por el pueblo, ensalzado, llamado "Papá Masié" por una muchedumbre incondicional, Macías fue un sanguinario tirano que arrasó con las libertades públicas, el de-

recho y la vida de sus compatriotas. En 1979 fue juzgado por un tribunal integrado por militares y civiles y condenado a muerte, caso seguramente único en la larga estirpe de dictadores que Macías continuó.

La obra de Sergio Marras no es una crónica histórica ni un estudio psicológico, sino más el desarrollo de la tesis sociológico-política que sustenta la obra: el responsable de los crímenes del dictador no es él, sino el pueblo que lo inspira, lo aclama y lo reclama. **Macías** es el monólogo de un hombre consigo mismo y con la multitud, en que recuerda su oscuro pasado militar en España, sus amores, su sensualidad africana, sus pasiones y su vulgaridad. *Pero no hay aquí una caricatura* — tono predilecto de los teatristas uruguayos y argentinos al tocar el tema, por ejemplo— sino más bien la configuración de un complejo personaje, mitad psicológico y mitad social, que incluso debate consigo mismo. **Macías** es, en realidad, la defensa del dictador.

Pero esa defensa no es la de las acciones criminales y arbitrarias, sino la del hombre basto y rudo que recibió el poder y fue nombrado el elegido para llevar a cabo una empresa horrorosa de la cual, mucho después, todos se escandalizarían. Macías sostiene en su alegato que él sólo fue un instrumento del pueblo. Es en ese sentido que la obra sostiene una férrea defensa del dictador: es aquella comunidad corrupta la que debe asumir su propia responsabilidad frente a las atrocidades cometidas.

Macías, por tanto, no es un llamado a la burla, al escarnio o la emoción del espectador frente al tirano, sino, en el fondo, un llamado a la conciencia interior —y a la conciencia social— para que asu-

ma su propia responsabilidad histórica. La obra, a su vez, contiene una segunda tesis, con la que se remata: mientras la urgencia de tener un dictador rotativo continúa en el pueblo, ese dictador existirá. Dice Macías al final de su alegato frente a sus jueces: "Yo quiero decirles que no sacáis nada con matarme o expulsarme del poder, ya que de ese modo no os deshacéis de mí. No, porque yo estoy muy dentro de cada uno de vosotros. Yo no soy una casualidad. Como decía, soy el producto de la historia de un pueblo. Y ese pueblo sois vosotros y yo soy vuestro hijo, aunque no lo queráis."

El narrador de la obra —encarnado por el mismo Tennyson Ferrada, quien se transforma ante el espectador— nos cuenta que después de la muerte de Macías nuevamente un germen de adoración al dictador ha reaparecido. Ese pueblo, por tanto, lleva al dictador dentro de sí.

Sergio Marras encaró la complejidad del monólogo, dotando al protagonista de un conflicto interno que hace avanzar la obra. Lógicamente, algunos pasajes resultan excesivamente discursivos, en comparación a otros —el segundo acto—, donde su ritmo se dinamiza. La dirección de Gustavo Meza optó por incluir muy pocos ingredientes que alivianaran algunas partes extensas, teatralizando escasamente el torrente verbal sobre el que se sujeta la obra. Con todo, resulta un espectáculo sólido, desprovisto de maquillajes o adornos innecesarios y con un saldo favorable dentro de su estilo. La originalidad radica, lógicamente, en el enfoque para el planteamiento del tema, el cual consigue llegar con fuerza al espectador. □